

La Lucha Colombiana para Defender Su Democracia: ¿Cómo pueden ayudar los Estados Unidos?

Embajador (R) David Passage

Tomado de la revista *Adelante*, número de verano de 2000.

La controversia que ha generado el “Plan Colombia” y la discusión creada con respecto a la ayuda económica son elementos que han influido en el Gobierno de Estados Unidos para que dicha ayuda se concentre estrictamente en el desarrollo socioeconómico y en la lucha contra el narcotráfico. El autor del presente artículo sugiere que estas limitaciones pueden afectar negativamente los resultados de la estrategia.

DURANTE LOS AÑOS PASADOS, las autoridades en Washington han estado cada vez más preocupadas por el creciente debate acerca de lo que podrían hacer los Estados Unidos para ayudar a Colombia a enfrentar sus dos terribles amenazas: el floreciente comercio de los narcóticos ilícitos y sus crecientes movimientos de insurrección internos.

Los portavoces del Gobierno estadounidense han indicado clara y repetidamente que el interés primario de los Estados Unidos al respecto es frenar el flujo de narcóticos ilícitos hacia el mercado estadounidense. Más del 80% de toda la cocaína que entra a este país viene de Colombia o a través de dicho país y una mayor parte de la heroína que entra a este país también procede de Colombia, a medida que los cabecillas de los narcotraficantes entran a un mercado que hasta ahora había sido dominado por abastecimientos procedentes del “Triángulo Dorado”, formado por Birmania, Tailandia, Laos y el sur de China, y las cadenas de montañas de Karakorum, Elburz y el Cáucaso en Asia Central.

El interés más apremiante de Colombia es, por otra parte, poner fin a su larga pesadilla nacional: el conflicto interno que ha cobrado más de 50.000 vidas en los últi-

mas décadas y por el cual casi el 30% del territorio nacional se encuentra ahora bajo cierto grado de control por parte de la guerrilla. Colombia es el país con el mayor índice de raptos a cambio de rescate y uno de los países con mayor índice de asesinatos, tanto políticos como criminales. Centenares de funcionarios electos son asesinados a tiros cada año, millares de colombianos se han trasladado al exterior (muchos a los Estados Unidos) y varios millares más han sido “desplazados internamente”—el eufemismo empleado para referirnos a los civiles que residen en áreas que se han tornado demasiado peligrosas, lo que les ha causado buscar refugio en otra parte dentro de su propio país.

El debate en los Estados Unidos respecto a qué, de ser posible, puede hacer esta nación para ayudar a Colombia a restablecer el orden interno ha girado en torno a dos temas que guardan cierta relación: los derechos humanos (las Fuerzas Armadas de Colombia no han tenido un historial de derechos humanos muy bueno hasta hace poco), y la competencia (aptitud) profesional de las fuerzas militares (¿están las Fuerzas Armadas de Colombia lo suficientemente adiestradas y debidamente equipadas para realizar la labor?).

¿Un rol para los Estados Unidos?

Aunque los méritos de un programa de asistencia estadounidense más amplio (si Colombia lo desea) tendrían que ser considerados y determinados por el Gobierno estadounidense, el Congreso y el pueblo estadounidense, sería provechoso considerar los intereses que tienen los Estados Unidos en Colombia y lo que podrían hacer para ayudar a ese valioso y sufrido país.

Aún cuando la estructura y la organización de las Fuerzas Armadas de Colombia finalmente están comenzando a cambiar, en su gran mayoría quedan basadas en unidades adiestradas y equipadas para la guerra con-

vencional. Pese a sus recientes cambios, las fuerzas militares de Colombia están muy mal preparadas, mal adiestradas y mal equipadas para reaccionar rápidamente ante acontecimientos tácticos de alta intensidad, aunque de pequeña escala, especialmente de noche. Y, finalmente, aún tienen que demostrar su capacidad para sacar provecho al poderoso impacto que pueden tener sus acciones —para bien o para mal— en la población civil.

En Vietnam, las fuerzas estadounidenses aprendieron la importancia del aforismo del camarada Mao, que dice que la gente es el “mar” en el que los “peces” (por ejemplo, los ejércitos guerrilleros) nadan. Si las fuerzas que realizan la defensa (en este caso, las fuerzas militares y policiales de Colombia) no son capaces de movilizar el apoyo popular para su propio beneficio —o, peor aún, apartan el apoyo popular resultante del uso de tácticas dominantes e interacciones desatinadas con las poblaciones locales— darán inicio a una marcada desventaja, ya que en la guerra insurreccional los guerrilleros pueden escoger la hora y el lugar de sus ataques, mientras que las fuerzas defensoras tienen que proteger todos los lugares en todo momento. Ganarse la lealtad y el apoyo (el “corazón” y la “mente”) del pueblo es esencial para lograr el

éxito en cualquier labor que el Gobierno realice para derrotar a la insurrección. Sin contar con el apoyo activo del pueblo, es muy difícil para cualquier fuerza militar o gobierno triunfar sobre los insurgentes; por otra parte, con el apoyo activo de su pueblo, es muy improbable que fracasen.

Los intereses de los Estados Unidos en Colombia

Desde el punto de vista económico, Colombia ocupa aproximadamente el 25° lugar en la lista de socios de intercambio más importantes de los Estados Unidos. Ello significa que después de Canadá, México, Japón, Gran Bretaña, Alemania y un puñado de otros socios del mundo europeo y asiático, Colombia se encuentra firmemente en el segundo nivel de los socios de intercambio más

importantes de los Estados Unidos. Es el cuarto cliente más importante de los Estados Unidos en América Latina (luego de México, Brasil y Venezuela). Más de 400 de las 500 empresas que forman parte del grupo conocido como *Fortune 500* comercian con Colombia. Hay más de 25.000 ciudadanos estadounidenses que residen y trabajan en Colombia, y aún cuando cierto porcentaje de ellos posee doble nacionalidad, todos tienen la esperanza válida de que el Gobierno de los Estados Unidos cuidará por sus derechos y de que, en un caso extremo, tendrán el derecho legal de ser admitidos a los Estados Unidos.

Los colombianos bien podrían ser el grupo más numeroso de inmigrantes ilegales en los Estados Unidos, después de los mejicanos. Las cifras han fluctuado durante esta última década, en parte como resultado de la

percepción de una mejor oportunidad económica en los Estados Unidos y, en parte, como resultado del creciente nivel de violencia que azota a Colombia. La mayor amenaza de emigración del país la constituye el último aspecto mencionado; ya estamos viendo cifras cada vez mayores de colombianos de clase media y alta que se encuentran trasladando sus recursos y familiares a lugares seguros fuera del país. A mediados de 1999, la Embajada de los Estados Unidos en

El cultivo de la coca, el producto básico para la elaboración de cocaína, ha pasado de Bolivia y Perú a la parte sureste de Colombia, y pese a los considerables esfuerzos de erradicación llevados a cabo por Colombia y los Estados Unidos, no sólo no ha habido ninguna reducción en el suministro de cocaína al mercado global sino que, al contrario, la producción ha aumentado desmesuradamente. Más del 80% de toda la cocaína que se consume en Estados Unidos viene de Colombia o a través de dicho país, al igual que un porcentaje cada vez mayor de heroína ilegal. A pesar de la disolución de los carteles de Medellín y Cali, el arresto de centenares de narcotraficantes, la fumigación de centenares de hectáreas de cosechas ilegales de coca, el derrame de miles de barriles de productos químicos precursores en las aguas cabeceras de los ríos Amazonas y Orinoco.

Bogotá informó que la cantidad de visas solicitadas se había duplicado en relación con el año anterior, ascendiendo a entre las 35.000 y 40.000 por mes.

El tercer resultado del caos en América Latina —la producción de drogas ilegales y el tráfico ilegal de éstas— es suficiente obvio. A pesar de la ayuda que durante diez años los Estados Unidos han estado brindando a la policía antinarcóticos y a la policía nacional de Colombia, la producción de narcóticos en ese país se ha expandido, no ha disminuido nada. El cultivo de la coca, el producto básico para la elaboración de cocaína, ha pasado de Bolivia y Perú a la parte sureste de Colombia, y pese a los considerables esfuerzos de erradicación llevados a cabo por Colombia y los Estados Unidos, no sólo no ha habido ninguna reducción en el suministro de cocaína al mercado global sino que, al contrario, la

A diferencia de lo ocurrido en El Salvador, que en los años 1984 y 1985 se encontraba realmente en una situación precaria, Colombia no se encuentra en peligro inminente de desintegración ni de ser derrotada por las FARC ni por el ELN. Ninguno de estos grupos guerrilleros se encuentra al borde de salir de las montañas para tomar a Bogotá por asalto. No existe la necesidad de enviar apresuradamente recursos a Colombia para resolver el problema. Sin embargo, es cada vez más importante que tanto Colombia como los Estados Unidos tomen la situación en serio, lo cual pocos han hecho hasta ahora.

producción ha aumentado desmesuradamente. Más del 80% de toda la cocaína que se consume en Estados Unidos viene de Colombia o a través de dicho país, al igual que un porcentaje cada vez mayor de heroína ilegal. A pesar de la disolución de los carteles de Medellín y Cali, el arresto de centenares de narcotraficantes, la fumigación de centenares de hectáreas de cosechas ilegales de coca, el derrame de miles de barriles de productos químicos precursores en las aguas cabeceras de los ríos Amazonas y Orinoco y la destrucción de centenares de laboratorios de narcóticos ilegales, el suministro de narcóticos ilegales a los países consumidores es constante y creciente, y es una función de la demanda consumidora; no es afectada por los esfuerzos por controlar o prohibir su suministro.

Y, finalmente, a pesar de los considerables esfuerzos que se han realizado para negar (o por lo menos evitar aceptar) los vínculos existentes entre la guerrilla y el narcotráfico, es ahora obvio para todos, salvo para los observadores más obtusos en el Congreso de los EE.UU. y algunos grupos de derechos humanos, que existe una relación simbiótica entre ambos grupos. La guerra devenga dinero para la compra de armas y municiones mediante la protección de instalaciones productoras de narcóticos, y los narcotraficantes lucran de la protección brindada por los guerrilleros contra las fuerzas policiales y militares de Colombia.

Entonces, ¿cuál debe ser el objetivo de la estrategia nacional de los estados Unidos en Colombia? El objetivo de los Estados Unidos debe ser una Colombia tranquila y democrática, dirigida por un gobierno elegido libremente, capaz de ejercer un control eficaz sobre su

territorio nacional así como de defender los derechos humanos y las libertades civiles de todos sus ciudadanos, poner fin a las violaciones de los derechos humanos en que incurren grupos paramilitares y guerrilleros y elementos de las propias fuerzas policiales y militares del país, frenar la producción y el tráfico de narcóticos ilícitos y contar con el respaldo de sus ciudadanos mientras enfrenta los graves problemas políticos, sociales y económicos que existen en la sociedad colombiana.

Para que el Gobierno de Colombia pueda hacer todo esto, sus fuerzas militares y policiales deben ser suficientemente profesionales y estar bien equipadas; así, lograrán frenar la desobediencia de las leyes colombianas y los desafíos armados a las autoridades gubernamentales, bien procedan de las FARC, el ELN, grupos paramilitares, narcotraficantes u otros elementos criminales.

¿Por dónde comenzamos? Tanto ciudadanos colombianos como extranjeros han preparado una serie de estudios recientes acerca de la capacidad profesional de las fuerzas militares colombianas y, en la mayoría de ellos, se han identificado graves deficiencias. Pese a que las fuerzas militares colombianas han tenido más experiencia, durante un período más prolongado, que cualquier otra fuerza militar en este hemisferio en la tarea de lidiar con grupos guerrilleros, y a que cuentan con un creciente e impresionante número de oficiales adiestrados en todos los rangos, su trayectoria no ha sido tan impresionante como se esperaba.

Las críticas profesionales comienzan poniendo en tela de duda la capacidad militar profesional de algunos oficiales de mayor jerarquía y formalizando acusaciones de corrupción prácticamente contra todos los niveles de liderazgo; terminan con la descripción de la ignorancia y el temor entre reclutas mal adiestrados, mal equipados y mal dirigidos.

¿Un rol para los Estados Unidos? Muchos de los cambios necesarios sólo se pueden aplicar como resultado de una limpieza general realizada por el Ejército Colombiano según trata de resolver la gravedad de sus dificultades. Este proceso ya ha comenzado; sin embargo, aún hay mucho por hacer. El Presidente Pastrana ha designado al Gral. Fernando Tapias para ocupar el cargo de Jefe de las Fuerzas Armadas y ha removido o reemplazado a varios generales y a un sinnúmero de otros funcionarios militares de mayor jerarquía, inclusive a comandantes de la 20ª Brigada de Inteligencia —un paso sumamente importante en el esfuerzo por mejorar el profesionalismo del Ejército y sus labores de recopilación, evaluación y diseminación de inteligencia.

Sin embargo, es preciso efectuar otros cambios, con algunos de los cuales pueden ayudar los amigos de Colombia. Como mínimo, un programa de adiestramiento y equipamiento militar modesto y cuidadosamente diseña-

El General Rosso José Serrano inspecciona un laboratorio de producción de cocaína.



Fotos: Adelante

do podría incrementar en gran medida el ritmo de profesionalización de las fuerzas militares y limpiar su anterior historial de violaciones de los derechos humanos. Una lista parcial de las más importantes deficiencias de las fuerzas militares de Colombia así como de las áreas en que deben mejorar tendría que incluir lo siguiente, aunque algunos de estos cambios ya se están efectuando:

- *Desarrollo de una estrategia.* El Ejército de Colombia necesita una estrategia amplia y viable respecto a cómo lidiar con los grupos guerrilleros y paramilitares y restablecer el control del Gobierno sobre su territorio nacional. Con sólo decir que “combatiremos al enemigo dondequiera que lo encontremos” no es una estrategia suficiente.

- *Adiestramiento y doctrina para las operaciones realizadas por unidades pequeñas.* El Ejército Colombiano sigue estando poco preparado para realizar operaciones de combate en unidades pequeñas; sin embargo, esto está comenzando a cambiar. Las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses, por otra parte, están claramente organizadas y adiestradas para realizar operaciones en unidades pequeñas.

- *Adiestramiento y doctrina para la ejecución de operaciones conjuntas.* Justo ahora, las Fuerzas Militares Colombianas, e inclusive la Policía Nacional, están

en el proceso de desarrollar una doctrina para las operaciones conjuntas utilizando recursos del Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada para reforzar mutuamente sus destrezas y puntos fuertes y compensar el efecto de los puntos débiles. Las fuerzas estadounidenses, por otra parte, practican la ejecución de operaciones conjuntas rutinariamente.

- *Adiestramiento y equipo para la ejecución de operaciones de combate nocturno.* Hasta hace muy poco tiempo, prácticamente no se escuchaba hablar de las operaciones de combate nocturno. Al ponerse el sol, las tropas se dirigían a sus cuarteles con la esperanza de que los guerrilleros no atacaran esa noche. Las operaciones de combate nocturno son una de las especialidades de las fuerzas estadounidenses.

- *Mejoras drásticas en las tareas de recopilación, evaluación y diseminación de inteligencia operacional útil.* La forma más caritativa de calificar el proceso de recopilación y evaluación de inteligencia militar de Colombia es la de un proceso primitivo. La diseminación de inteligencia útil y procesable es prácticamente inexistente debido a las rivalidades y a la desconfianza entre las unidades del Ejército y sus jefes.

- *Desarrollo de capacidades de reacción inmediata.* Cuando raptaron a los cuatro estadounidenses afeitados a la observación e identificación de pájaros



La policía antinarcóticos decomisa siete toneladas de cocaína.

silvestres en una barricada emplazada por la guerrilla en Boyacá, en 1998 (junto a un grupo mucho más grande de ciudadanos colombianos), una unidad del Ejército demoró más de ocho horas en reaccionar —pese al hecho de que la barricada se encontraba a menos de 10 kilómetros del puesto avanzado más cercano del Ejército.

- *Expansión de la capacidad de evacuación aeromédica.* Hasta 1999 sólo había tres helicópteros dedicados para fines de evacuación médica. Durante el conflicto interno de El Salvador, en la década de los ochenta, el presidente Duarte indicó que la creación de la capacidad de evacuación médica helitransportada le proporcionó a él “el equivalente de tres brigadas más”, ya que esto ocasionó que incrementara tanto la moral de sus soldados como la fe en que podían ser evacuados para recibir tratamiento, si resultaran heridos en combate.

- *Creación de una fuerza de reacción inmediata para reaccionar rápidamente a situaciones y oportunidades tácticas en desarrollo.* En 1985, Estados Unidos ayudó a las Fuerzas Armadas salvadoreñas a crear una fuerza de reacción inmediata helitransportada a la que dieron el nombre de “Relámpago”; ésta fue diseñada

para lanzar una fuerza de reacción dentro de 15 minutos de haber recibido inteligencia procesable. En una de sus primeras operaciones se capturó a Nidia Díaz, una de los comandantes de mayor jerarquía del FMLN, en el momento en que ella y un pequeño grupo de sus colaboradores se detuvieron a descansar poco después de una incursión. Ahora es que Colombia comienza a crear una fuerza de este tipo para reaccionar inmediatamente al recibir inteligencia referente a blancos de gran valor.

- *Mejoras marcadas en las capacidades logísticas de abastecimiento y reparación.* Los tres servicios militares necesitan mejoras significativas en la forma de dar mantenimiento a sus instalaciones logísticas y de reparación. Éstas no son desconocidas en Colombia. Avianca, la aerolínea nacional de Colombia y la empresa de aviación más antigua de las Américas, ya que ocupa el segundo lugar en antigüedad en el mundo, recibe mantenimiento y servicios logísticos de primera clase, sin los cuales nunca podría ser una aerolínea internacional importante. Sería un disparate sugerir que Colombia no sabe cómo realizar estos trabajos.

- *Mejoras marcadas en la preparación de*

inventarios y en la provisión de los repuestos necesarios. Por ejemplo, hasta hace muy poco tiempo, las fuerzas militares de Colombia no contaban con las palas de rotor de repuesto para helicópteros, y cuando surgió la necesidad de estas piezas, los helicópteros tuvieron que ser puestos a un lado o canibalizados hasta que se pudiera efectuar el pedido de las piezas y éstas fueran enviadas por el fabricante—un proceso que por lo general tomaba varias semanas y, a veces, meses.

- *Mejoras significativas en la capacidad de transporte.* Me refiero tanto a los camiones y otros vehículos terrestres como a las aeronaves de ala giratoria y ala fija.

Críticas referentes a una mayor participación estadounidense

Quienes critican las propuestas relativas a la asistencia militar estadounidense para Colombia hacen tres acusaciones básicas. La primera es que los Estados Unidos se arriesgarían a comenzar a descender por una pendiente resbaladiza que finalmente los conduciría a verse atrapados en una guerra civil como la de Vietnam, cuyas consecuencias serían tan desastrosas como las de aquella guerra. La segunda es que la situación de los derechos humanos en Colombia es tan grave que los Estados Unidos no deberían colaborar con ese país hasta que disminuyan las violaciones de los derechos humanos. Y, la tercera acusación es que el problema de Colombia es de tan grandes proporciones que cualquier programa de adiestramiento y equipamiento viable tendría un costo inaceptable para los Estados Unidos.

Vietnam y las lecciones aplicadas por EE.UU. en El Salvador

Uno de los resultados más tristes de la participación de los Estados Unidos en Vietnam es la forma en que nos



Un helicóptero de la Policía Nacional de Colombia aterriza sobre un cultivo de hoja de coca.

resistimos a aprender de esa lección, cuán traumatizados aún estamos, y cuán paralizado está el proceso estadounidense de toma de decisiones por el espectro, aunque improbable, de que los Estados Unidos vuelvan a verse involucrados en otra experiencia como aquella. El funcionario del Congreso estadounidense, anónimo y obviamente hostil, que describió los programas de adiestramiento militar y policial en Colombia como “un modelo perfecto (de las actividades estadounidenses) en Vietnam en 1964” (revista *Time*, 9 de agosto de 1999) obviamente no sabe nada de Vietnam ni de Colombia. Hay una serie de lecciones que necesitan ser aprendidas acerca de nuestra experiencia nacional en Vietnam; sin embargo, dejar de participar positivamente en sucesos que ocurren en países extranjeros y que los Estados Unidos consideran importantes, no debe ser una de ellas.

Aquéllos de nosotros que tuvimos la oportunidad de participar en el esfuerzo estadounidense para ayudar a El Salvador a fortalecer su capacidad para negociar una solución a la guerra civil de ese país aplicamos un sinnúmero de lecciones que aprendimos de la situación de Vietnam. Para ser breve, permítanme resumir estas lecciones en tres.

- A diferencia de Vietnam, los Estados Unidos clarificaron que aquella era la guerra de El Salvador —no nuestra guerra— y que quienes ganarían o perderían la guerra serían los salvadoreños, no los estadounidenses.

Decomiso de insumos químicos en el Puerto de Cartagena.



se en cuenta todos los demás factores, el incontrovertible hecho es que con un programa de asistencia estadounidense sencillo y modestamente diseñado en el que se utilizaron las lecciones claves aprendidas en Vietnam, las Fuerzas Armadas de El Salvador mejoraron su desempeño militar hasta tal punto que el FMLN finalmente decidió efectuar negociaciones de paz más bien que arriesgarse a desaparecer.

Descartando los Mitos

Con respecto al costo, los Estados Unidos incurrieron en gastos ascendentes aproximadamente a US\$6 mil millones para ayudar a cambiar la suerte de El Salvador; pero éste era un país pobre en el que por muchos años se había librado una guerra debilitante. Si los Estados Unidos desearan ver invertida la situación que existía en ese país, entonces tendrían que proveer la mayoría de los recursos necesarios.

Sin embargo, éste no es el caso en Colombia. Colombia es una nación rica en recursos y talento. El problema de Colombia no es la falta de recursos, sino la mala aplicación de esos recursos (y un grado considerable,

- Los Estados Unidos ayudarían a adiestrar a las Fuerzas Armadas salvadoreñas, pero no participarían en las operaciones de combate. Además, nuestra participación se limitaría a 55 adiestradores (y obsérvese, adiestradores, no “asesores”).

- Los Estados Unidos aplicaron toda la presión que pudieron en la tarea de persuadir al Gobierno salvadoreño a hacer reformas internas significativas —poner fin a las violaciones de los derechos humanos en que incurrieron las fuerzas militares y policiales, eliminar los “escuadrones de la muerte” paramilitares, redactar una nueva constitución democrática y celebrar elecciones limpias, libres y justas, poner fin al monopolio de la oligarquía sobre los principales cultivos comerciales (como por ejemplo, los de azúcar, café, algodón, arroz, camarones, etc.), implementar la reforma agraria, dar ayuda económica a los campesinos e iniciar el proceso de forjar una verdadera democracia— ninguna de las cuales le fue impuesta al régimen de Saigón por los Estados Unidos.

Como resultado de la aplicación de estas lecciones, el desenlace de la guerra civil de El Salvador fue completamente distinto al de la Guerra de Vietnam. Aún tomándolo

able, aunque menor, de corrupción en el proceso de obtención militar, las nóminas, los contratos, etc.). Colombia despilfarró demasiado dinero en artículos innecesarios, y no incurre en gastos para comprar lo que en realidad necesita. Su Fuerza Aérea aún desea obtener aviones *F-16* para reemplazar los anticuados *Mirage* y *Kfir* que posee; lo que ella necesita son aeronaves de ataque terrestre y apoyo aéreo cercano así como aeronaves de transporte, tanto de ala fija como de ala giratoria. Su marina aún sueña con poseer destructores, fragatas y submarinos para mantener la capacidad de aguas profundas; lo que necesita son patrullas costeras así como embarcaciones fluviales para ejecutar operaciones tierra adentro y reconquistar así el control de sus aguas territoriales y sus ríos de manos de los contrabandistas y narcotraficantes. Y, el Ejército desea obtener equipo costoso y altamente tecnológico e innecesario para perseguir a pequeñas bandas de guerrilleros en las montañas; lo que realmente necesita es mayor movilidad y equipo de comunicaciones, adiestramiento en operaciones con unidades pequeñas, equipo y adiestramiento para operaciones conjuntas, mejores recursos de reco-

pilación, evaluación y diseminación de inteligencia, y mejorar su capacidad de liderazgo.

El presupuesto de la defensa de Colombia es en realidad casi suficiente para comprar el equipo que necesitan sus fuerzas militares. Posee, en esencia, una estructura militar adecuada, aunque tiene que reestructurarla para poder hacerles frente a pequeñas bandas guerrilleras, aunque altamente móviles, en lugar de enviar ejércitos fuera de sus límites fronterizos. Necesita además tomar bien en serio la amenaza que enfrenta para reexaminar algunas de sus prácticas, como la de liberar a los estudiantes graduados de escuela secundaria de la responsabilidad de ir a combate. Necesita ayuda en la redacción de tablas de organización y equipo diseñadas para la guerra de contrainsurrección, no para la guerra de maniobras tradicionales. Está comenzando a hacer estas cosas, y consiguientemente, el presidente Clinton y los líderes de ambos partidos políticos del Congreso de EE.UU. viajaron a Cartagena, Colombia, el 30 de agosto de 2000 para reafirmar al presidente Pastrana su voluntad de respaldar un programa de asistencia de US\$1,6 mil millones adicionales para apoyar los esfuerzos de democratización y antinarcóticos en Colombia.

A diferencia de lo ocurrido en El Salvador, que en los años 1984 y 1985 se encontraba realmente en una situación precaria, Colombia no se encuentra en peligro inminente de desintegración ni de ser derrotada por las FARC ni por el ELN. Ninguno de estos grupos guerrilleros se encuentra al borde de salir de las montañas para tomar a Bogotá por asalto. No existe la necesidad de enviar apresuradamente recursos a Colombia para resolver el problema. Sin embargo, es cada vez más importante que tanto Colombia como los Estados Unidos tomen la situación en serio, lo cual pocos han hecho hasta ahora.

No existe ninguna razón por la cual no se pueda ejecutar un programa de adiestramiento y ayuda militar con un número relativamente pequeño de soldados estadounidenses, tal vez unos cuantos menos que los legendarios 55 que participaron en El Salvador. Los Estados Unidos tuvieron que ayudar a las Fuerzas Armadas salvadoreñas a desarrollar destrezas prácticamente en cada una de las facetas de las operaciones militares —logística, piezas de repuesto, uniformes, servicio

de rancho y raciones, atención médica, paga militar, vehículos de motor, armas y munición, vivienda. Por más inadecuado que haya sido el desempeño de las fuerzas militares de Colombia hasta hace poco, están mejor capacitadas que las fuerzas de El Salvador en la década de los 80. En El Salvador, los Estados Unidos enviaron adiestradores hasta a las comandancias de brigada, lo cual no sería necesario en Colombia.

No existe ninguna razón superior por la cual un programa de asistencia militar para Colombia deba ser de grandes proporciones para ser eficaz, o por la que deba ser costoso, o necesariamente conducir a una participación mucho mayor en el conflicto interno de Colombia.

Valdría la pena indicar nuevamente los criterios utilizados para el programa de adiestramiento y asistencia militar en El Salvador, efectuando los cambios necesarios para que tenga aplicación a Colombia:

- Éste es el conflicto de Colombia. Los Estados Unidos no van a librar la guerra de Colombia. Las fuerzas colombianas deben ser quienes la libren y la ganen o la perderán. (Esto coincide con la posición del presidente Pastrana y la de sus asesores de mayor jerarquía, una ventaja adicional).

- Los Estados Unidos ayudarían a las Fuerzas Armadas colombianas a evaluar sus deficiencias y a impartir adiestramiento en las mismas; pero sólo si los colombianos quieren nuestra ayuda y están dispuestos a aplicar las lecciones aprendidas en otras situaciones para hacer las mejoras necesarias e invertir la situación en su país.

- Por último, las fuerzas militares y policiales de



Hornos de microondas utilizados en los laboratorios para la elaboración de la pasta de cocaína.

Colombia necesitan cambiar fundamentalmente su forma de tratar con la población civil. Necesitan —definitivamente— poner fin a las violaciones de los derechos humanos, lo cual ha estropeado la interacción con la población civil y obstaculizado su capacidad para obtener la cooperación y ayuda sinceras de dicha población. Asimismo, necesita eliminar de las filas militares y civiles a los violadores de los derechos humanos, y encausar en los tribunales civiles a quienes deben ser acusados de los delitos y violaciones.

A la última vuelta del camino

Aún cuando los colombianos necesitan tomar la mayoría de las decisiones y librar la mayoría de las batallas que determinarán el destino de su país, las autoridades estadounidenses también necesitan decidir lo que desearían que sucediera y lo que estarían dispuestas a hacer para influir en el desenlace.

Si en los Estados Unidos estamos sinceramente interesados en ver una reducción en la producción y el tráfico de drogas ilegales, necesitamos aceptar el hecho de que no hay reducción probable sino hasta que el Gobierno colombiano recupere el control de todo su territorio nacional y pueda hacerles frente a los narcotraficantes de conformidad con la ley. Ésa es una absoluta necesidad para poder lograr un impacto positivo en el cultivo de la coca y la amapola de las cuales se obtienen narcóticos ilegales, su transformación en materia prima provechosa (por ejemplo, HCL y goma de opio), su conversión en cocaína y heroína, y su empaque y envío a los países consumidores.

Y si estamos sinceramente interesados en ver una reducción en las violaciones de los derechos humanos en Colombia, debemos ofrecer programas de adiestramiento a las fuerzas militares de Colombia para ayudarlas a mejorar profesionalmente hasta el punto en que puedan percibir que no necesitan recurrir a la violación de los derechos humanos ni a la negación de las libertades ci-

viles para hacer cumplir las leyes de Colombia y mantener el orden público.

Si los activistas de derechos humanos en Colombia, en los Estados Unidos y en otras partes del mundo desean ver terminados los escuadrones de la muerte paramilitares, es preciso que acepten que la única forma en que estas fuerzas pueden ser puestas bajo control es por unidades militares y policiales colombianas bien adiestradas y equipadas. ¿Quién más esperamos que realice esa labor? ¿Creemos realmente que esto puede cumplirse con más facilidad y rapidez si los Estados Unidos se niegan a ayudar a adiestrar a las fuerzas del Gobierno colombiano a respetar los derechos humanos y a defender la democracia contra malhechores que no se ciñen a la ley? Considero irracional la creencia de que el Gobierno colombiano y sus Fuerzas Armadas pueden poner fin a las actividades ilícitas de las llamadas fuerzas paramilitares de autodefensa si los Estados Unidos y otros países amigos no están dispuestos a ayudar a adiestrar y equipar a las fuerzas del Gobierno colombiano para cumplir esta tarea. Negar ayuda a Colombia en sus horas de agonía nacional solamente puede resultar en la prolongación de esa pena.

Al fin y al cabo, este hemisferio es nuestro vecindario. Esta afirmación no guarda ninguna relación con posesiones coloniales, sólo se trata de una simple confirmación de nuestra proximidad geográfica. Los Estados Unidos tienen un interés amistoso en el destino y el futuro de su vecindario, así como en el bienestar de nuestros vecinos. Colombia es uno de nuestros vecinos. Su hogar está en llamas. Ha solicitado nuestra ayuda, la necesita y la merece. La reacción apropiada de los Estados Unidos no debe ser la de eludir la responsabilidad, de cruzarse los brazos (basándose en que no queremos involucrarnos en una guerra como la de Vietnam, pero de habla hispana, o en que el historial de derechos humanos de Colombia no es impecable); al contrario, debe prepararse para poner las manos a la obra y tratar de ayudar. **MR**

El embajador David Passage, quien ha prestado servicio diplomático durante 33 años en representación de los Estados Unidos, posee vasta experiencia en asuntos latinoamericanos y asuntos relacionados con la guerrilla en distintas partes del mundo. A mediados de la década de los años 70, desempeñó el cargo de funcionario político en la Embajada de EE.UU. en el Ecuador, y desde 1984 hasta 1986, fungió como jefe suplente de misión/encargado de asuntos diplomáticos en la Embajada de EE.UU. en El Salvador durante el punto culminante de la guerra civil de dicho país. Por coincidencia, pasó seis años de su juventud en Colombia y estuvo en Bogotá durante la violenta insurrección ocurrida en mayo de 1948, la cual desató una guerra civil que se prolongó por una década y a la cual se le dio el nombre de "la violencia". El Embajador inició su carrera en el servicio diplomático como analista del Programa de Pacificación en el Comando de Asistencia Militar de EE.UU. en Vietnam. Sirvió además como negociador durante el extenso esfuerzo diplomático estadounidense que tuvo lugar en la década de los años 80 para efectuar el repliegue de fuerzas cubanas de África, poner fin a las guerras civiles de Angola y Mozambique, obtener la independencia para Namibia (a la que se oponía un grupo de insurgentes locales) y lograr ponerle fin al apartheid en Sudáfrica. Al final de su carrera, el embajador Passage fue Director de Asuntos Andinos en el Departamento de Estado, teniendo a su cargo la responsabilidad de velar por las buenas relaciones entre Estados Unidos y Colombia, Venezuela, Perú y Bolivia. Se jubiló del Departamento de Estado en septiembre de 1998.